Elegía en Madrid*

1

Los lagartos dibujan en el tiempo
su muerte mineral. Hay mastines que sueñan con rocío en los ojos
y que entornan las noches ante el infortunio. No sé
por qué, tras las últimas casas
de los barrios extremos se imagina uno el mar. La luz es un estanque
vacío, un estanque con algas y humedades ya secas, donde los cementerios
de automóviles atraviesan urgentes madrugadas
de hospitales y de óxidos. La claridad deja en las flores
un mundo submarino abierto. Sueñan los dormitorios
enfermedades plateadas, y hay un temblor difuso en las paredes
y muñecas sin ojos arrastrando
su universo olvidado. Hay vacíos océanos
y animales pacientes que ahogan el insomnio.
La tortuga invernal, entre la lluvia.
avanza más aprisa que los trenes
que atraviesan los cielos. Nadie
recuerda nada aquí. Todo está aislado en su inseguridad; la luz es un naufragio
de hogueras apagadas. De humo estrellado
son las sombras; y hay navajas que brillan de incertidumbre
como un escalofrío. Hay testigos de espuma en los alrededores
y recodos de horas que no terminan nunca. Hierve la Historia
en una sola página. La ciudad
a lo lejos, tiene un maduro resplandor
de palacio de invierno.

2

Oigo desde aquí los aljibes, los desagües
desde donde las ratas y los pobres comparten sus negocios
de cartón y de humo, y a los ejecutivos

* *Cuatro poemas del libro de igual título, inédito.*

con la seguridad de los prestidigitadores
ascender por el aire. Y a los asentadores
y los intermediarios de todo cuanto un día en los campos fue bello. O a los que
[distribuyen
su mercancía invisible
y adquieren esa pátina helada de los santos,
ese frío en los ojos de los peces ya muertos.
Ved que el robo es defensa
y la piedad mentira; que en estas calles
donde es dolor la Historia y la vida pecado,
por las que se presume
tanto de libertad como de pobreza,
ya no se lucha a muerte. Baja del Guadarrama un viento
de rendición. Entre los árboles
deja la espuma de la noche sus párpados abiertos.

3. Plaza de Santa Ana

Como los días de lluvia junto a las catedrales,
la luz que ahora desciende; como una noche abierta
de la que aún la última claridad del crepúsculo no se ha ido del todo
pues deja su ceniza, como el polvo, en las cosas. La luz en la penumbra
se hace voz mineral, se hace montaña sola,
se hace río escondido donde está el universo.
Huelen a madrugada
todavía las sombras
y hay esa luz distinta de los patios nevados. De Madrid y de tiempo
ha llenado su imagen hasta quedar inmóvil. Rodeando a esta plaza
hubo siempre un convento; a veces puedo verlo
en su jardín con nieve, o ascender las mañanas en su oración de humo.
Y habría allí cipreses y, entre los surcos, agua
reflejando estos cielos; y en los rincones de la tarde, rosas
con el color del aire.
Hay una luz de huerto todavía en los árboles
y hay un espacio, indefinido y blanco como el de los altares,
donde la luz es frágil; y tabernas de niebla como pequeños puertos.
Y la cervecería, como entonces, está llena de sábados
y de domingos por la tarde. En Villarrosa
hay azulejos andaluces que inundan las paredes con su belleza de agua.
Allí rompió el aire cantando
don Antonio Chacón, la noche ardió entre flores

vivísimas, del sur. Y en el Hotel Victoria los toreros se encienden
como trozos de tiempo resucitado
o muerto. Hay una luz descalza como en los hospitales, y la noche es, acaso,
como un mantón de pájaros y de flores cerradas. Entre la lejanía de sus voces, cruzan
fugazmente los niños con sus juegos la plaza; y corren
como si hubieran conseguido
desatarse del tiempo.

4

De la noche desciendes como un ángel huido de los cielos.
Desciendes de sus pétalos grises y de sus manos muertas.
Sueñas por los fríos sepulcros de los invernaderos
donde el rocío no existe y está el tiempo callado.

Llegas desde la muerte,
desde negros océanos desahabitados, con veloces caballos purísimos y errantes,
tus caballos glaciares cuyo galope eterno pisotea las flores,
las flores que penetran, ahogadas, en las clínicas donde hay un llanto eléctrico por las
[enfermedades.

Regresas de las lágrimas de los amaneceres, perdida en la marea de tus ojos vacíos
donde eligen los árboles sus insectos dorados y los ricos sus pobres.
Desde tus sienes abrasadas por extraños arcángeles de metal y de humo desciendes,
llegas enfurecida a tus más bajos fondos.

¡Oh, altísima ciudad, flor de infortunio, luz disecada entre las páginas
donde llora la Historia arrepentida! ¡Altísimo pecado de cristal y ceniza!
Dime que no es verdad la noche, ni la muerte ni el llanto con los que te disfrazas
de papeles y líquidos.

Hay un lóbrego viento de submarinos invisibles y manzanas podridas.
Busca la soledad sus cuerpos destrozados por los rincones de los hospitales
donde ascienden heridos por las blancas paredes de sus habitaciones los difuntos más solos,
aquellos que de pronto se nublan y su duelo consiste en su propio cadáver.

Estás entre las madrugadas que abandonan los parques,
entre vómitos pálidos y cisternas amargas donde hay pájaros muertos
y fermenta el sonido de tus viejas heridas entre algodones y tijeras que han abierto los ojos.
Con tu dolor se nutren los poetas, sus versos se entretienen entre las mariposas y las
[nubes.

¡Ay!, dime que no son ciertos tus dioses con gusanos ni tus cuerpos de estiércol.
Dime tú que no existe el pan de cieno que no tiene memoria y has dejado mordido.
Llegas de las afueras y los túneles, de metales cerrados y fábricas en llamas.
Estás en la garganta de las larvas que oxidan a los años.

92

¡Dime que no es verdad el día de tus negros espejos
ni tus desheredados con asma interminable, ni el eterno silencio
de los que más humillas, a los que robas cada día cuando los atardeceres
yacen en los suburbios, navegando en sus barcas naufragadas los pobres, habitando
[tu olvido!

Diego Jesús Jiménez